

LA OTRA
HERMANA BENNET

JANICE HADLOW

Libros de
seda

*Para Martin, Alexander y Louis,
mis tres estrellas brillantes.*

PRIMERA PARTE



CAPÍTULO 1



Es un hecho triste de la vida que si una mujer tiene la mala suerte de llegar a este mundo sin expectativas, será mejor que haga todo lo que pueda para asegurarse de nacer hermosa. Ser pobre y bella ya es suficiente infortunio; pero no tener ni un penique y ser una del montón es duro, desde luego.

Cuatro de las cinco hermanas Bennet de Meryton en Hertfordshire habían conseguido ser lo bastante guapas como para que las considerasen bellas en los limitados círculos en que se movían. Jane, la mayor, era la más hermosa; su cara y su figura tenían el suficiente encanto, lo que hacía que, además, destacara aún más por la modestia de su carácter. Elizabeth, la segunda, conseguía compensar cualquier pequeña deficiencia de su aspecto con su ingenio y vivacidad. Catherine y Lydia, las más pequeñas, exhibían el frescor de su juventud, acompañado de sus risas y un gusto por flirtear que las hacía muy atractivas para los jóvenes de gustos parecidos. Solo Mary, la de en medio, no tenía ni belleza, ni ingenio, ni encanto; sin embargo, sus hermanas brillaban tanto a su lado que parecían evitar que nada de eso se notara y, de hecho, la eclipsaban por completo, tanto que pasaba desapercibida. Así que, cuando todas crecieron, se tenía a la familia Bennet por una de las más encantadoras del vecindario.

Sin embargo, también era lugar común la creencia de que las jóvenes Bennet tenían unas expectativas que estaban bastante por debajo de su belleza. A primera vista, la familia parecía suficientemente próspera. Eran los vecinos más destacados del pueblo de Longbourn; y su casa, sólida pero no destacable, era un hogar que ofrecía en comodidad lo que le faltaba en pretensiones. Tenían sirvientes para atender la mesa, una cocinera, un jardinero; y aunque las propiedades del señor Bennet no eran muy extensas, sí eran lo suficientemente grandes como para que mantuviera a su familia como lo hace un caballero. Pocas eran las familias con las que se relacionaban que fueran lo bastante ricas o que gozaran del nivel social necesario como para relacionarse de manera estrecha con ellos, así que se veía a los Bennet,

al menos en público, como uno de los ornamentos más respetables de la sociedad de Hertfordshire.

Sin embargo, en el campo todos lo saben todo de todos, y de los Bennet se sabía que su aparente prosperidad se fundamentaba en unos cimientos un tanto frágiles. Su propiedad estaba sujeta a un régimen que restringía la herencia a la línea masculina de la familia; si los Bennet no tenían un hijo varón, la finca acabaría pasando a manos del primo del señor Bennet. Algo que al principio no parecía tener importancia. Al llegar un bebé tras otro a Longbourn, siempre con una regularidad prometedora, el que naciera el ansiado varón no era si no cuestión de tiempo. Pero cuando llegaron a cinco y todos resultaron ser niñas, quedó claro que no habría más bebés y que el varón no llegaría, lo que ensombreció en parte la felicidad de la familia. Cuando el señor Bennet falleciera, su viuda y sus hijas se quedarían sin nada; solo recibirían cinco mil libras en cuatros por ciento y se verían obligadas a depender de manera humillante de la caridad de un pariente lejano y al que no conocían. No es que sus amigos no sintieran simpatía por ellos; sin embargo, eso no impedía que tuvieran curiosidad por saber qué pasaría con la familia, pues, ¿qué puede resultar más interesante que ver de primera mano cómo la fortuna de una familia se hunde y esta se dispersa?

El señor Bennet se negaba a dar a sus vecinos el gusto de que vieran que por un cruel giro del destino aquellos que dependían de él no contarían con la seguridad en la que un día confió que tendrían. Para todo el mundo, siguió siendo quien siempre había sido: despegado, divertido y, aparentemente, una persona resignada a aceptar un destino que no estaba en su mano cambiar. Y en lo que respectaba a su propia familia, tampoco lo veían mucho más preocupado. Quizá durante las largas horas que pasaba en su biblioteca, se debatía intentando encontrar una salida a su difícil situación. Pero si lo hacía, no compartía ni su ansiedad ni lo que pensaba.

Su esposa, en cambio, no hacía gala ni mucho menos de una contención similar a la de su marido. La señora Bennet no pensaba en otra cosa más que en el camino pedregoso que les esperaba, tanto a ella como a sus hijas, cuando su marido falleciera. A menudo se lamentaba de su mala suerte, tanto en su casa como fuera de ella. Decía que los nervios que tenía no eran nada comparado con la presión que sentía por haber tenido tan mala suerte. No entendía por qué alguien habría de arrebatarse a sus hijas la propiedad; pero, si no se hacía algo al respecto, la ruina los engulliría a todos. No era una mujer muy inteligente y tenía poca imaginación, pero sí era enérgica e insistente, cualidades que aplicaba

con toda su tenacidad al objetivo de encontrar un remedio a su problema. Pronto se convenció de que la única solución a la lamentable situación en que sus hijas se encontraban era que se casaran, tan rápida y ventajosamente como les fuera posible. Si su padre no podía asegurarles el futuro, debían buscar un marido que lo hiciera.

Ver a sus hijas casadas con hombres que dispusieran de medios medianamente respetables le habría servido para calmar sus miedos en buena parte; pero imaginárselas siendo las esposas de hombres de ingresos cuantiosos y grandes propiedades era para ella la felicidad, y no dejaba de ser así por mucho que se lo imaginara. Nada la hacía más feliz que pensar en sus hijas siendo las señoras de casas elegantes con jardines de formas onduladas, seguras de que nunca más volverían a oír nada acerca de las «implicaciones» que acarrearía la muerte de su padre. Sabía, por supuesto, que no era fácil encontrar hombres ricos que buscaran esposa, y menos atraparlos, especialmente cuando las chicas no podían aportar una buena dote. Pero eso no la frenaba. Sus hijas, pensaba, tenían una ventaja que les permitiría triunfar por encima de todas las dificultades: puede que otras fueran ricas, pero sus hijas eran bonitas. Esa era, estaba segura, la bendición que las llevaría a la riqueza. Atraerían con su aspecto a los hombres, con sus ojos, ganándose su corazón, y les persuadirían para que se olvidaran del dinero y del sentido común relativo a lo económico. Para la señora Bennet era casi dogma de fe el hecho de que, en ausencia de una dote de diez mil libras, una cara bonita era lo más valioso que una joven podía tener.

Su propia experiencia le servía para reafirmarse en tal opinión ya que, hacía unos veinticinco años, había sido su propia belleza juvenil la que había embelesado al señor Bennet y lo había llevado hasta el altar, superando todos los obstáculos que habían aparecido ante su unión. Él buscaba una cara bonita, así que no le importó nada que su padre no fuera más que un abogado de pueblo que tenía el bufete en Meryton, o el hecho de que su hermano viviera cerca de sus propios almacenes en Cheapside. Se había decidido a casarse con ella, a pesar de los consejos que le dieron en contra, y lo hizo. Así que, después de todo, la señora Bennet estaba satisfecha con lo que había conseguido. Era cierto que el señor Bennet era un hombre caprichoso que le tomaba el pelo más de lo que le parecía apropiado. Pero como la señora de Longbourn, reinaba sobre una propiedad lo suficientemente grande como para satisfacer su vanidad, al tiempo que el rango de su marido le aseguraba tener el placer de erigirse en protectora de quienes habían tenido menos suerte que ella, y de hacerlo cada vez que surgía la oportunidad. En cambio,

para el señor Bennet los beneficios de aquella unión resultaban menos evidentes. Fue un error que no tuviera en cuenta el carácter de su esposa y que no se planteara si le aportaría tanto placer como belleza, cosa que tuvo consecuencias más serias y duraderas en el tiempo. La suya era una mujer bastante simple y había pocas cosas que le interesaran, así que nunca podrían compartir intereses. No podía ser ni su compañera ni su amiga. Su belleza lo había ganado, sí, pero como pronto entendió, eso no era suficiente para hacerlo feliz.

Por suerte para ella, no era una mujer muy reflexiva, así que si su marido se lamentaba ahora de por qué la había elegido, se olvidaba. El resultado de que lo hiciera era que no cambiaba nada; seguía pensando lo mismo. Para ella, no había otra cualidad que importara en una joven más que la belleza. Que fuera lista o inteligente, amable o que tuviera buen carácter no le importaban lo más mínimo. La belleza estaba por encima de cualquier otro atributo. En sus hijas, no valoraba nada tanto como su capacidad de agradar.

Con cuatro de sus hijas tenía todos los motivos para estar satisfecha al respecto. En Jane había depositado sus esperanzas más elevadas, pues, como le solía decir al señor Bennet, no había nacido siendo tan bonita para nada. Otras tres, aunque no eran tan guapas como Jane, todavía eran, en su opinión, lo bastante distinguidas como para atraer las miradas allá donde iban. Solo había una que no tenía ese don. Mary había cometido el error de no ser tan bonita como sus hermanas ni de tener el encanto que sí tenían el resto de las mujeres Bennet. Ese era un pecado por el que, a ojos de su madre, no tenía perdón, como pronto descubriría la joven.

CAPÍTULO 2



Mary ya no era capaz de recordar exactamente en qué momento se dio cuenta de que era del montón. No creía que lo supiera cuando, siendo muy pequeña, jugaba con sus hermanas Jane y Elizabeth, corriendo por el jardín y manchándose el vestido con la hierba; ni cuando todas se reunían alrededor del fuego y se calentaban los pies poniéndolos sobre la pantalla protectora que había delante. No lo sabía mientras la señora Hill, el ama de llaves de su madre, le lavaba la cara cada mañana y le ponía un delantal limpio sobre el vestido. Desde luego, no era consciente de tal cosa en el momento en que tanto ella como sus hermanas entraban corriendo a la cocina mientras se horneaba el pan, pidiendo que les dieran un pedazo de corteza caliente para llevárselo fuera y comérselo juntas tras los arbustos, riéndose sin parar. En aquella época, pensó, era feliz. Pero al llegar a los siete u ocho años, empezó a sospechar que había algo que no andaba bien. Veía a su madre que la miraba a menudo de un modo en que no miraba a Jane o a Lizzy. Era una mirada que estaba entre el enfado y el desconcierto, aunque no sabía bien qué era, pero pronto empezó a darse perfecta cuenta. Y tras esa mirada, siempre la llamaba.

—Ven aquí, hija, deja que te vea.

Entonces Mary se levantaba de la silla y cruzaba la sala de estar en que su madre se sentaba, incómoda al notar la mirada escrutadora de su progenitora. La señora Bennet le recomponía los lazos del pelo, le estiraba el corpiño y le recolocaba el vestido así o asá. Pero fuera lo que fuese lo que molestaba a su madre, nada de todo lo que le hacía parecía satisfacerla. Apretaba los labios y retiraba la vista, frustrada, haciendo un aspaviento con la mano para que volviera a su sitio, sin decir nada. Sabía que había desilusionado a su madre, aunque no sabía aún por qué.

Sin embargo, era una chica lista, así que pronto se dio cuenta de lo que significaban aquellas miradas, aquel ceño fruncido y aquellos aspavientos. No pudo evitar darse cuenta de que su madre nunca hablaba de su apariencia con la misma complacencia con la que lo hacía de la de sus hermanas mayores.

—Jane es como un ángel —solía decir, mirando a su hija mayor con un orgullo patente—. Da gusto mirarla.

A lo que Jane respondía inclinando la cabeza, pues era una joven modesta y los cumplidos hacían que se sonrojara. No se le ocurría mirar a su hermana Elizabeth ya que, cuando su madre se ponía con los halagos, esta no hacía otra cosa que mirarla e intentar provocarle la risa. La belleza de esta última no es que fuera en realidad muy del gusto de su madre, a diferencia de lo que sucedía con Jane. Elizabeth tenía los ojos oscuros y una sonrisa chispeante que se correspondían con un carácter alegre, algo que no era lo que más le gustaba a la señora Bennet. Se reía demasiado, por lo que su progenitora no la consideraba una verdadera belleza; sin embargo, a pesar de eso, al ojo avizor de la mujer no se le escapaba que había algo en ella que la hacía atractiva. Aunque la regañaba a menudo por lo impertinente de sus comentarios y por ser un espíritu demasiado independiente, no tenía queja alguna acerca de su aspecto.

Según iba haciéndose mayor, Mary esperaba que su madre le dedicara las mismas palabras de aprecio que empleaba con sus hermanas mayores. Al principio, imaginó que su madre la aceptaría de manera natural, con el tiempo; que llegaría un momento en que ella también sería digna de su admiración. Pero incluso cuando se arreglaba con más esmero, asegurándose de subirse bien las medias, de lavarse bien la cara y de cepillarse bien el pelo, no le dedicaba una sola palabra amable. Mes tras mes, esperaba soñando ansiosamente con el momento en que su madre viera algo en ella que mereciera la pena alabar. Tal vez comentaría que tenía los ojos bonitos o una figura graciosa. Quizá le diría algo sobre el pelo. No le importaba sobre qué parte de su anatomía le dijera algo bonito; cualquier cosa le serviría con tal de ocupar su lugar entre sus hermanas en la aprobación materna.

Al cumplir diez años, se dio cuenta de que eso nunca sucedería. Fue una tarde calurosa. La señora Bennet estaba tomando el té con su hermana, la señora Phillips. Jane y Lizzy habían desaparecido en cuanto oyeron que llegaba su tía, así que la habían dejado sola, sentada en el sofá, retorciéndose las puntas del pelo con las manos, deseando desesperadamente estar en cualquier otro sitio antes que allí. Ni su madre ni su tía le hicieron el más mínimo caso. Se dedicaron a charlar sobre si la cocinera de lady Lucas la dejaría o no (y de si lo haría justo antes de la temporada de preparar las conservas) o de lo probable que sería que la esposa del vicario acabara en la cama aquella misma semana; pero, cuando la señora Phillips bajó la voz hasta llevarla al nivel de un susurro y se inclinó hacia delante para contarle a su hermana un

cotilleo especialmente interesante, fue cuando la señora Bennet se dio cuenta de que su hija estaba ahí.

—Mary, baja a la cocina y sube un poco más de azúcar. Toma el azucarero. Ahora, por favor.

Feliz de que la liberaran, la niña tardó todo lo que pudo en hacer el recado, dando vueltas por el recibidor y pisoteando las baldosas para ver cuánto polvo era capaz de hacer que se levantara. Cuando estuvo ante la puerta del salón donde se servía el desayuno, se detuvo para estirarse el vestido y al hacerlo le llegó, emergiendo del suave murmullo de la conversación, su propio nombre. Sabía que tenía que hacer notar su presencia (la señora Hill ya le había dicho muchas veces que si te ponías a escuchar a hurtadillas nunca oirías nada bueno sobre ti), pero le fue imposible.

—Creo que Mary está más guapa hoy —señaló la señora Phillips—. Un poco menos pálida de lo que suele estar.

La señora Bennet carraspeó.

—Es muy amable de tu parte decir algo así, hermana, pero me temo que no estoy de acuerdo contigo. Para ser una chica joven, no tiene encanto alguno. Nada que ver con Jane o Lizzy. Ellas siempre destacan.

—Ya, ambas son encantadoras —dijo la señora Phillips con amabilidad—. Y dudo que alguna vez admiren a Mary como a sus hermanas. Pero, querida, me pregunto si no estás siendo demasiado dura al juzgarla, ¿no te parece? Puede que el hecho de que la comparen con las otras le haga sufrir. Si las mayores fueran un poco menos atractivas, ¿sería más bonita a tus ojos?

—Me gustaría de corazón que tuvieras razón, pero me temo que el asunto no depende de las comparaciones que se hagan. Lo que pasa con Mary es que es del montón, sin más. La culpa la tiene la familia de mi marido. Nosotros los Gardiner siempre hemos destacado por nuestra apostura.

La señora Phillips rellenó su taza de té y buscó el azucarero.

—Bueno, lo siento por la chica. No debe de ser fácil ser el único patito feo entre tantos cisnes.

—Sí, es una contrariedad tremenda para mí, demasiado para mis nervios. Por eso, cuando miro a mis otras hijas me siento mejor. ¿Adónde demonios habrá ido a buscar el azúcar?

Mary entró en la estancia, mirando al suelo. Con los dedos apretando el azucarero, lo depositó sobre la mesa. Su tía le sonreía, pero la señora Bennet ni se fijó en lo rápido que desapareció. En el recibidor, notó cómo el corazón le latía con fuerza en el pecho. Las palabras de su

madre le estallaron dentro. Ahora lo sabía, pensó, mientras subía al piso de arriba. Ahora lo entendía. Era corriente; como una patata hervida, como una pieza de calicó sin blanquear, como un plato llano de color blanco. Entró en su dormitorio, empujó una silla hacia el tocador y se puso a mirarse la cara en el espejito. Estaba viejo y empañado, pero el reflejo que le devolvía era suficiente como para que lo viera con claridad. Una carita la miraba, una carita redonda y pálida. Sí, pensó, como un plato de los que se usaban para servir la cena. Tenía los ojos grises, abiertos bajo unas cejas claras, pero no eran unos ojos grandes y azules como los de Jane ni negros y vivaces como los de su hermana Lizzy. Las facciones eran proporcionadas, pero no resultaban distinguidas. Tenía la boca pequeña y los labios finos. Y también una mirada ansiosa, pensó. Su cara no sugería, como sí lo hacía la de Lizzy, que se echaría a reír en cualquier momento. Tenía el pelo castaño claro. No era el pelo dorado y brillante de su hermana Jane. En conclusión: no había nada en ella que llamara la atención o que hiciera que alguien se fijara en ella. Su madre tenía razón; ni brillaba ni florecía. Se quedó un rato mirándose al espejo, todavía con la esperanza de encontrar algo, algún rasgo, alguna característica oculta que la redimiera. Pero al no hallarla, tomó el chal que había sobre el respaldo de la silla y cubrió el espejo con él. Una lágrima solitaria le corrió por la cara. Se la secó.

Mary no dijo a sus hermanas mayores nada de lo que había oído. Suponía que ya lo sabrían; que fuera una chica del montón era algo que le parecía ahora tan obvio que no entendía cómo no se había dado cuenta hasta ese momento. No esperaba que le mostraran simpatía alguna. Nunca entenderían cómo se sentía. ¿Cómo iban a hacerlo? Su belleza formaba parte de ellas del mismo modo que un brazo o una pierna; no se imaginaban la vida sin ella. Bajo su protección, podrían saltar, florecer y bailar camino de su futuro; ella, en cambio, avanzaría sin pena ni gloria, poniendo un pie delante de otro sin alegría ni gracia. Había aprendido de su madre que sin belleza no había felicidad duradera al alcance de la mano. Y nunca se le ocurrió cuestionar lo que le habían enseñado.

Siempre había sido precavida y había estado alerta; ahora no pensaba en otra cosa que en la pobre impresión que debía de causar en los que la rodeaban. El optimismo que un día la había animado a jugar y a corretear por ahí con sus hermanas se había evaporado. Ya no tenía fuerzas. Cuando Jane y Lizzy jugueteaban o correteaban por el jardín, todos sonreían y decían que eran encantadoras; pero ella se decía a sí misma que, si hiciera lo mismo que sus hermanas, haría el ridículo. Era como

si, para ella, estar contenta no fuera lo apropiado. Era como si estar seria fuera lo único que una chica corriente podía hacer sin exponerse a la compasión o el escarnio de los demás. Poco a poco, se fue acostumbrando a aquel estado de cosas, hasta que se hizo a la idea de que era así; una criatura solemne, solitaria y extraña.

Miraba apenada cómo sus hermanas mayores se alejaban de ella. Habían dejado de intentar que participara, la rechazaban porque siempre se la veía triste. No le sorprendía. Claro que preferían la compañía la una de la otra. ¿Cómo no? No pasó mucho tiempo antes de que establecieran entre ambas una relación de complicidad muy estrecha, reforzada por las confidencias compartidas y los secretos que se susurraban. Le costaba creer que un día hubieran tenido espacio para otra hermana en sus afectos; solo se querían la una a la otra. Se tomó con filosofía perder a Jane. Su dulzura siempre había sido para ella algo remoto; una cara perfecta bajo la que se ocultaba algo que no sabía bien qué era. Sin embargo, la distancia que se interpuso entre Elizabeth y ella sí le dolió de veras. Solo cuando se separaron se dio cuenta de lo mucho que la quería, de lo mucho que su alegre presencia le había deleitado. Nadie podía hacerte reír como Lizzy, ni hacerte tan feliz como ella, ni persuadirte para que te sonrieras a ti misma con tal encanto. Durante un tiempo, se aferró a la esperanza de que sería su salvadora; de que se percataría de lo triste que estaba y le daría la mano para ayudarla y así sacarla del pozo de miseria en el que sentía que se hundía poco a poco. Pero aunque su hermana la miraba a veces perpleja, a veces casi como si estuviera arrepentida, ni dijo ni hizo nada para mantenerse cerca de ella. Y pronto, aquella cercanía se convirtió en poco más que un recuerdo.

Al ver que sus hermanas mayores se alejaban de ella, pensó que tal vez podría encontrar un poco de calor junto a las pequeñas. Cuando eran niñas, se fijaba en ellas para ver si habían heredado la belleza de Jane y Lizzy. No le gustaba admitir que lo hacía por eso. Parecía un poco cruel desear que una niñita regordeta no se convirtiera al crecer en una bonita joven; sin embargo, Mary no podía evitarlo. Si Kitty o Lydia devenían jóvenes corrientes, entonces no se sentiría tan sola. Tener una hermana del montón como ella le serviría para que ambas se entendieran. Harían causa común de su problema y, desde luego, serían amigas. Pero no pasó mucho tiempo hasta que le quedó claro que esa circunstancia no se daría. Para cuando tuvieron edad para llevar su primer vestido en condiciones, incluso ella pudo darse cuenta de que las pequeñas no seguirían sus pasos, sino los de Jane y Elizabeth.

—Son preciosas —decía su madre, satisfecha—. No tanto como Jane, pero muy bonitas. Tener cuatro bellezas de cinco no está nada mal. Seguro que nadie podría haberlo hecho mejor.

Según Kitty y Lydia iban creciendo, Mary advirtió pronto que la necesitaban tan poco como sus hermanas mayores. Si se hubiera quedado sola, Kitty habría acabado debilitándose. Era una chica tranquila y maleable, deseosa de complacer siempre a los demás. Puede que hubiera conseguido que fuera su amiga. Pero la más joven de las Bennet estaba decidida a no dejar que eso sucediera. Incluso cuando no era más que una niña, Lydia demostraba ser voluntariosa, atrevida y decidida; una vez hubo decidido que quería a Kitty para sí, Mary no tuvo nada que hacer. No tardó mucho en esclavizarla y dominarla con voluntad de hierro, así como en conseguir su aquiescencia en todo lo que opinaba. Pronto, Kitty dejó de tener tiempo para Mary, al igual que las demás. Así que, cuando cumplió los catorce, supo que no le importaba a ninguna de sus hermanas. Tampoco era la mejor amiga de nadie ni la confidente de nadie, ni contaba con el afecto de ninguno de sus progenitores. Pertenecía a una familia muy grande, pero estaba absolutamente sola.

CAPÍTULO 3



El comportamiento de la señora Bennet no hacía sino ahondar en su infelicidad, pues la satisfacción que su madre sentía al contemplar a sus cuatro hijas bonitas no le servía, según parecía, para olvidarse de los defectos de la quinta. Con cada año que pasaba, su falta de belleza irritaba más y más a la señora Bennet. La mujer no tenía ni la paciencia ni el deseo de ocultar lo que suponía según ella una vejación, provocada por un cúmulo de pequeños defectos. Sin embargo, lo que peor llevaba era que su hija tuviera semejante pelo. Cada noche, debido a su insistencia, se lo enrollaba en unos papelillos para que se le rizara; y cada mañana, cuando la señora Hill se lo cepillaba, seguía igual de liso que siempre. Una decepción diaria que la señora Bennet no dejaba de ver como una afrenta personal.

—Mary, creo que lo haces a propósito para que me enfade.

—No, mamá, claro que no. Me lo rizaría si pudiera. Quizá podría peinármelo hacia atrás, ¿qué te parece? Así no se notaría que no lo tengo rizado. Su madre frunció el ceño.

—¿Y qué tal si te ponemos un gorro como si fueras una vieja? ¡Seguro que así no se vería este pelo que tienes!

Tras lo cual, su madre se marchaba indignada, dejando a la señora Hill a cargo de peines y cepillos otra vez, con la vana esperanza de conseguir lo imposible.

Mary no tardó en desear que nadie se fijara en ella. Era mejor no llamar la atención que ser motivo de disgusto y malhumor para su madre. Hacía todo lo que podía para desaparecer, eligiendo siempre vestidos de colores poco llamativos y de hechuras anodinas. Cuando la señora Hill, a la que sabía que le daba pena, le sugirió que eligiera otros modelos y tejidos más brillantes, ella se negó; lo mejor era vestir de gris o de beis, eso era lo que ella se merecía. Convencida de que no podía mejorar la imagen que presentaba al mundo, se apartaba de conversaciones relativas a sombreros, zapatos y muselinas; asuntos que, según se hacían mayores, ocupaban buena parte del tiempo de sus hermanas pequeñas. Lydia tenía una lengua muy afilada, tan inmisericorde en sus juicios como la de su

madre, así que temía que se burlara de ella por su torpeza cuando intentaba participar en una conversación. Era mejor quedarse callada. Cuando sus hermanas iban a Meryton para gastarse la paga en la pequeña sombrerería, se quedaba fuera, sola, en la calle. ¿Para qué iba a entrar? ¿De qué le servirían a ella un cuello de encaje nuevo, unas cintas de colores o un sombrero de paja? Esas cosas no eran para chicas como ella.

Inquieta y sola, buscó otras maneras de ocupar el tiempo, aunque no tenía mucho donde elegir. No tenía talento para el dibujo y bordar le aburría. No podía pintar y tampoco le gustaba jugar a las cartas. Sin embargo, la música era otra cosa. Sentada al piano se sentía casi feliz y por un momento se olvidaba de sus defectos y deficiencias. Todas las hermanas habían recibido clases para aprender a tocar. A su madre le parecía una habilidad encantadora para una joven, así que insistió en que todas sus hijas aprendieran, por lo que incluso contrató una profesora a tal efecto. La gentil y obediente señorita Allen llegaba cada miércoles por la tarde y daba clase a todas y cada una de sus hijas, una tras otra. Mary recordaba cómo esperaba su turno, contando los minutos hasta que acababa el de Lizzy, deseosa de que le tocara sentarse al teclado. Al principio, era tan pequeña que tenían que ponerle un cojín para que llegara a las teclas. Así, en un equilibrio precario, estiraba aquellos deditos de niña para tocar escalas y arpegios. Siempre le gustó, desde el primer día; le encantaban los sonidos que arrancaba de las teclas, y así, emocionada, semana tras semana, se iban convirtiendo gradualmente en algo parecido a tonos y melodías. Las cosas siguieron siendo así mientras era pequeña, antes de que aprendiera a sentir vergüenza de sí misma. Convencida de que no destacaba en nada, algo que sin duda le dolía, fue dejando de lado poco a poco muchas de las cosas con las que solía disfrutar. Sin embargo, su amor por la música fue una de las pocas pasiones a las que no renunció al hacerse mayor. Siguió tocando, aun cuando, una hermana tras otra, todas lo fueron dejando, abandonando las clases de piano tan pronto como su madre se lo permitía. Hasta que llegó un día en que solo Mary y Lizzy tocaban el destartalado piano de la familia con cierta regularidad.

No obstante, algo había cambiado. Cuando empezó, para ella la música era un placer, le permitía escapar de un día a día en el que casi no encontraba nada que le hiciera disfrutar; pero para cuando llegó a la adolescencia, la música se convirtió en algo más que un pasatiempo. Al sentarse al teclado, poco a poco, empezó a darse cuenta de que cómo la miraran le importaba bastante poco. Al piano, cualquier mujer, por corriente que fuera, podía brillar como la más hermosa si tenía las ganas y la determinación necesarias para tocar. Aunque era consciente de sus carencias en

muchos aspectos, no dudaba en cambio de que era aplicada y perseverante, cualidades que podía aprovechar para marcarse un objetivo en la vida, para lograr algo en lo que destacar, ya que en lo demás no podía. ¿Por qué no aplicarse y ser una maestra del piano? Ya sabía tocarlo; si se esforzaba, podría hacerlo mejor. La perspectiva de tener al menos una habilidad en la que destacar, algo que la distinguiera de las demás, la entusiasmaba, así que no le importaba cuánto le costara conseguirlo. Se metía en la sala de estar, donde nadie entraba hasta la hora del té, para practicar y practicar. No dejaba de hacerlo con la idea de perfeccionar su estilo y, al fin, llegó la recompensa. En lo relativo a la técnica y su nivel de competencia, mejoró mucho en poco tiempo. La señorita Allen dijo que estaba muy satisfecha con su progreso y le aseguró que, si tocaba con regularidad y practicaba de manera rigurosa, incluso podría tocar mejor aún.

Mary, que no estaba acostumbrada a los halagos, se tomó estas migajas de ánimo de tal manera que no se despegaba del piano y pasaba horas a solas tocando y tocando. La mayoría de las veces, no le importaba pasar tanto tiempo a solas; pero de vez en cuando, mientras practicaba, le invadía una tristeza que no podía entender. Hasta que se dio cuenta de que lo que sentía era arrepentimiento por el placer y la emoción que la invadían cuando tocaba. La férrea disciplina que se había autoimpuesto con el fin de tocar mejor había hecho que, poco a poco, dejara de disfrutar cada vez que se acercaba al piano. Ahora tocar era una tarea como cualquier otra. El trabajo duro y el esfuerzo le habían reportado la habilidad que deseaba; pero lo había conseguido a costa de perder lo único que antes la divertía, algo que había amado hacer más que cualquier otra cosa en el mundo.

Por lo general, se autoconvencía de que era un precio que había valido la pena pagar, que olvidarse de disfrutar al teclado importaba menos que dominar dicha habilidad. Pero a veces las dudas la asaltaban, pensaba en lo que había dejado atrás, añoraba la sensación de plenitud y la liberación que para ella suponía la música; era algo que irrumpía en su mente, aunque intentaba reprimir tales pensamientos. Una mañana, de camino a la sala de estar para ponerse a practicar como hacía todos los días, con las partituras bajo el brazo, oyó la inconfundible melodía de Lizzy al piano. Habría reconocido su estilo en cualquier parte; rápido, enérgico, que llamaba tanto la atención que era imposible no volverse para escuchar. Los pequeños errores que cometía no ensombrecían el resultado general; era un placer escucharla. Se deslizó en silencio en la estancia y se quedó mirándola hasta que terminó la pieza; echó la cabeza hacia atrás y concluyó con una floritura de cosecha propia añadida sin

más motivo que su propia satisfacción. Mary se sentó, sorprendida por la energía y el modo en que su hermana había abordado cómo tocar aquella canción. Nada que ver con su estilo, preciso y exacto. Un estilo al que nadie prestaría atención y menos admiraría.

—Lo has hecho muy bien, Lizzy —exclamó—. Casi no has cometido fallos. Si practicas más, lo harías de maravilla.

Con la cara ligeramente sonrosada por la emoción desplegada al tocar, su hermana apartó la banqueta del piano, como si quisiera dejar claro que había tocado lo que había querido y que no pensaba seguir.

—No me gustaría nada. No creo que tenga paciencia suficiente como para perfeccionar nada. En cuanto empiezo a tropezar con algo, se me ocurre hacer otra cosa.

—Pero ¿no quieres cultivar ese don? Es una pena desperdiciarlo.

—No creo que esté desperdiciando nada, a mí me divierte. —Lizzy trazó una escala sencilla con los dedos—. A veces me pregunto si no te lo pasarías mejor de tomártelo menos en serio.

—Pero si no me lo tomo en serio, ¿cómo voy a tocar bien?

—Quizá —subrayó Lizzy— tocar bien y aplicarse mucho para hacerlo no son la única medida para lograr el éxito.

Esa era la sospecha que a veces la atormentaba; sin embargo, se quitaba la idea de la cabeza, no quería admitirlo.

—No creo que haya nada que valga la pena que pueda conseguirse sin esfuerzo y sacrificio.

—Tal vez —repuso Lizzy—, pero aun así, prefiero escuchar una pieza musical tocada con alegría y entusiasmo que una que se toque con el afán de la perfección.

—Dudo que te gustara escuchar una sucesión de notas discordantes —repuso Mary— por muy alegre que fuera quien las tocara.

Elizabeth recogió sus partituras y se levantó del piano.

—Quizá. Pero de verdad, me parece una pena olvidarse del placer que te da la música. Tocar unas cuantas notas mal no importa con tal de que lo disfrutes.

La tocó ligeramente en el hombro y salió de la estancia. Mary se sentó al piano y puso en orden sus partituras, pero estaba intranquila. Las palabras de su hermana la habían dejado inquieta. No le sorprendía que hablara como si tal cosa del trabajo duro y del esfuerzo; para ella todo era fácil. No le hacía falta practicar; siempre resultaba encantadora, incluso al piano. Mary apartó de un manotazo su libro de música. Para ella, las cosas no iban así. Flexionó los dedos y se puso a practicar unas escalas.

CAPÍTULO 4



Cuando estaba demasiado cansada como para seguir sentada al piano, Mary solía retirarse a su habitación y leer. Allí tenía una pequeña estantería en la que se contaban más o menos una docena de libros de su propiedad. Los había leído tantas veces que podía recitar pasajes enteros de memoria; no obstante, le gustaba abrirlos y volver a echar un vistazo a aquellas palabras que tan bien recordaba. No le venía a la cabeza momento alguno en que para ella la lectura no hubiera significado dos cosas: confort y refugio. De hecho, a veces creía que recordaba el momento en que le sobrevino la gran alegría de la lectura. Estaba acurrucada junto al fuego en la guardería de su casa cuando las líneas negras que Lizzy había trazado sobre el papel con mucha paciencia dejaron de ser formas extrañas para convertirse en letras: M de «Manzana», G de «Gato».

Una vez lo captó, no hubo vuelta atrás. Siguió avanzando, primero desde los libros ilustrados a los de poesía y luego a los cuentos de hadas. Se leyó *La historia de Little Goody Two-Shoes*¹ en un suspiro y *The Story of the Robins*² tampoco le duró mucho. Por aquellos días, solía leer en compañía de Jane o de Elizabeth; las tres se sentaban en la guardería de su casa, cada una con su libro, en silencio. Pero al hacerse mayor y también al volverse más infeliz, sus hermanas se fueron alejando de ella. Los libros dejaron de ser un punto de encuentro y devinieron más bien en el consuelo por haberlas perdido. Cuando

-
- 1 N. de la Trad.: La historia es una variante de la *Cenicienta*, publicada por John Newbery en Londres en 1765. Cuenta las aventuras de la pequeña Margery Meanwell, una niña que para calzarse solo tiene un zapato. Cuando un señor rico le regala un par, se pone tan contenta que les cuenta a todos que tiene «dos zapatos». Ya de mayor, Margery se convierte en maestra y se casa con un viudo rico; la moraleja es pues que la virtud es recompensada con una vida mejor al final.
 - 2 N. de la Trad.: *The Story of the Robins (La historia de los petirrojos)*, de Sarah Trimmer, fue publicado por primera vez en Londres en 1873. Es un cuento tradicional inglés pensado para que los niños se conciencien acerca de la necesidad de tratar bien a los animales.

Jane y Lizzy susurraban algo a sus espaldas, cuando cerraban la puerta de su habitación sin invitarla a que las acompañara, escapaba hacia sus libros, en los que encontraba el modo de olvidarse de la soledad que la deprimía.

Leía tanto que pronto no solo acabó con lo que tenía en sus estanterías; también con los libros que había en la estancia de Longbourn donde recibía clases. Pronto acabó con todo lo que allí había, desde los atlas del mundo hasta los libros sobre gestión doméstica; pero cuanto más leía, más crecía su deseo de leer. Se hizo con todo lo que encontró por la casa, para llevárselo aparte y disfrutarlo a solas. Las novelas que la señora Bennet tomaba de la biblioteca circulante le sirvieron durante un tiempo; pero aquellas hermosas heroínas en peligro, aquellos héroes tan apuestos y las complicaciones de la trama que los llevaban, tras innumerables penalidades, a alcanzar un final feliz poco probable, no le gustaban. Le parecían tonterías, deseaba leer historias más exigentes. Pensando que tal vez le gustarían más los hechos que la ficción, decidió leerse los periódicos de su padre, afinando la vista para poder leer aquellas diminutas letras impresas, deletreando en voz alta aquellos nombres y lugares con los que no estaba familiarizada y que allí se describían, hasta que los ojos le dolían y los dejaba a un lado. Se leyó las revistas sobre agricultura a las que su padre estaba suscrito, aunque no entendía las ilustraciones de trilladoras y esquemas de rotaciones de cultivos. Se llevó los periódicos sensacionalistas que los criados traían a casa, con sus espeluznantes historias sobre crímenes terribles y confesiones agonizantes, ilustrados en blanco y negro con hombres colgados y mujeres asesinadas, hasta que la señora Hill lo descubrió y se los llevó, enfadada, de la cocina. A veces caían en sus manos libros un poco mejores, que el señor Bennet dejaba por ahí, y que ella contemplaba llena de curiosidad; sin embargo, no se atrevía a abrirlos. Los libros de su padre eran sacrosantos y no podía tocarlos nadie salvo él.

Al cumplir los dieciocho años, Mary se dio cuenta de que no podía seguir dando tumbos de aquel modo. Quería aprender más, desarrollarse intelectualmente, de la misma manera que había hecho con la música. Sin embargo, advirtió que, para hacerlo, necesitaba dos cosas: la primera, tener acceso a un material de lectura más amplio; la segunda, un profesor. Había tenido a la señorita Allen para que le diera clases de piano. ¿Por qué no contar con un apoyo similar para cubrir sus intereses intelectuales? Desde luego, tenía que haber alguien con buena formación que pudiera guiarla en sus lecturas y dar forma a sus

estudios. Si hubiera sido un chico, le habrían puesto un tutor; pero eso era algo inimaginable para una chica. Tampoco tenía la más mínima oportunidad de que la enviaran a un colegio, puesto que para su madre era dogma de fe que la comida que se servía en dichos centros era pesada y dañaba la figura de las jóvenes. Así que, para salir de este dilema, no le quedaba más que una vía; que le pusieran una institutriz. Hacía meses que se lo había sugerido a su madre, cuando fue capaz de reunir el coraje suficiente para hacerlo.

Sacó el asunto a colación con cautela, pues sabía de sobra que a la señora Bennet no le gustaban las institutrices. De hecho, se jactaba de que nunca había contratado ninguna. A Longbourn habían llegado toda una serie de maestras que, pasados los años, habían servido para que se completara la educación de sus hijas en lo que ella consideraba pertinente. Así, habían aprendido un poco de francés, algo de dibujo y a bailar. Pero en lo que respectaba a tener una cultura general, la señora Bennet se regía por su propio ejemplo, al que añadía unos cuantos libros de texto; con eso tenían más que de sobra, no necesitaban saber más. Había enseñado a sus hijas a llevar las cuentas de una casa, a gestionarla y a cómo se hacía una costura recta y bien cosida. Todas eran capaces de leer bien y sabían suficiente de historia y geografía como para no parecer tontas cuando alternaran en sociedad. Todo lo demás era innecesario además de poco recomendable. Su madre tenía claro que saber mucho no era una cualidad valorada por un hombre que buscara esposa, así que no quería que sus hijas tuvieran la desventaja de ser consideradas «inteligentes». Mary lo sabía bien; pero su deseo de aprender hizo que superase la timidez y, una tarde, mientras estaba tomando el té con su madre y sus hermanas, se lo dijo de la manera más calma y reuniendo todas sus fuerzas. Pensó que tal petición la desconcertaría, pero no fue así.

—¿Una institutriz? ¿Para qué? ¿Qué esperas, con la edad que tienes?

—Querría mejorar mi educación, mamá, leer más y cultivar la mente.

—No se me ocurre qué más crees que te hace falta aprender —gritó su madre—. Ya tienes la cabeza llena de cosas inútiles. Dudo que haya un país en el mundo del que no te sepas la capital o cuáles son los principales ríos que lo atraviesan. ¿Qué más podría enseñarte una institutriz?

—Podría ayudarme a estudiar de manera más racional, encaminarme hacia libros que ampliaran mi visión del mundo. —Mary estaba entusiasmada—. No solo sería para mí. También podría enseñar a mis hermanas. Creo que nos beneficiaría a todas.

Lydia, que no solía prestar atención a nada de lo que su hermana dijera, gritó, horrorizada.

—¡Dios me libre de tales beneficios! Yo ya tengo una visión lo bastante amplia del mundo, no gracias. Lo último que nos hace falta es tener a una institutriz sentada en el salón de las mañanas husmeando y con un aspecto penoso, a una pobre solterona sujetando un libro de sermones en una mano y un poquito de rapé en la otra.

Se volvió hacia Kitty, tomó un poco de rapé imaginario y se lo llevó a la nariz, resopló y volvió los ojos hacia arriba, y luego gruñó. Kitty se echó a reír, esparciendo las migas del pastel que se estaba comiendo por toda la mesa.

—No puedo imaginar nada peor —declaró Lydia—. Y seguro que Kitty piensa lo mismo, estoy segura.

—Sería terrible, sobre todo lo de husmear —añadió Kitty obediente—. Por favor, mamá, no. Estamos bien como estamos.

—Estoy segura de que podríamos encontrar a alguien que nos gustara a todas —insistió Mary—. Una mujer con una buena educación que no tuviera costumbres molestas. Con que viniera unas cuantas veces por semana sería suficiente.

—Aun así, para mí serían demasiadas —dijo Lydia—. ¿Y qué tal si no viene y punto?

Mary no le hizo caso, mirando a su madre con ojos de súplica.

—De verdad, mamá, cuando consideres los beneficios que tendría...

Pero no le sirvió de nada. La señora Bennet ya había tomado una decisión.

—Ya basta, Mary. Nadie más quiere que venga una institutriz; y no quiero pagar una solo para ti. Si quieres aprender más, es asunto tuyo. Hay suficientes libros en la biblioteca de tu padre. Pues ir allí, como hace Lizzy, y leer todo lo que quieras. Es todo lo que tengo que decir. No quiero volver a hablar de este asunto.

Lydia, tremendamente aliviada, se sirvió otra porción de pastel. Mary sabía que no valía la pena que insistiera más. Pero mientras permanecía ahí, sentada, viendo cómo se le enfriaba el té, fue dándose cuenta de lo que significaban aquellas palabras de su madre. Jamás se le había ocurrido que pudiera entrar en la biblioteca de su padre. A menudo la miraba desde fuera al pasar, era una estancia despejada y con mucha luz, con ventanales que se abrían directamente al jardín, lo que aportaba al conjunto una calma erudita. No obstante, lo que de verdad le interesaba de allí eran los libros que se alineaban en las estanterías de las paredes, una tras otra, una visión tentadora para una lectora ávida de encontrar algo

nuevo que la atrajera. Su padre pasaba allí casi el día entero, encerrado en un silencio que resultaba imponente. Como le gustaba recordar a su familia, no le agradaba que hubiera intrusos por allí.

—Ya que no me opongo a que en el resto de las estancias de esta casa reine un aire de estupidez, creo que está bien que al menos haya una en que no sea así.

Aquello era algo que no importaba lo más mínimo ni a Kitty ni a Lydia, para las que aquellas estanterías llenas de libros no ofrecían tentación alguna. Tampoco para la señora Bennet. No sentía la más mínima curiosidad acerca de qué hacía su marido con su tiempo allí metido y jamás se le habría ocurrido preguntárselo. Solo Elizabeth se colaba en la biblioteca de vez en cuando para tomar prestado un libro con la misma confianza con que hacía todo lo demás. Pero es que Lizzy era la favorita de su padre, así que aquella mirada sarcástica que le caracterizaba era, en el caso de su hermana, una mirada cariñosa y de admiración. Una mirada que, por otra parte nunca dedicaba a ninguna de sus hijas menores. Así que no esperaba que su padre le diera la misma bienvenida a su espacio privado que a Lizzy. Apenas si la miraba, y de hecho su presencia parecía que le resultaba bastante indiferente. A ella jamás se le habría ocurrido entrar en la biblioteca de no haberlo sugerido su madre; sin embargo, ahora que tenía la perspectiva de darse una vuelta por ahí libremente, entre tantos libros, superó el miedo que tenía a que su padre la echara de allí. Se armó de valor hasta que llegó el momento en que le pareció que el hombre estaba de mejor ánimo antes de pararle en el pasillo y preguntarle, con mucha precaución, si podría entrar en la biblioteca al igual que hacía su hermana. Él se lo pensó un poco antes de responder.

—Puedes venir y quedarte en la biblioteca si crees que eso va a beneficiarte. Pero debes recordar que no es un sitio donde se pueda hablar. No dejaré que me distraigas preguntándome cosas de escaso interés. Me gusta que siempre reine la calma. Y cada libro que tomes prestado de una de las estanterías deberás devolverlo al mismo sitio del que te lo lleves. Son las normas y hay que cumplirlas. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí, señor, lo haré.

—Entonces no tengo ninguna objeción a que vengas. Puedes empezar mañana mismo.